

La calle
Diario de un espectador
El poder de la justicia
por miguel ángel granados chapa

para el martes 30 de marzo de 2010

Accidentalmente, en el recorrido que a veces hacemos por los canales de televisión en busca de buena programación, anteanoche domingo vimos una película de Francis Ford Coppola que por alguna razón nos pasó inadvertida cuando estuvo en cartelera. Está basada en una novela de John Grisham, titulada en inglés *The rain maker*, misma denominación que conservó la cinta, aunque en ella no se percibe alusión alguna a la lluvia ni a nadie que la cause. Coppola cuenta el debut profesional de Rudy Baylor (Matt Damon), un pasante de derecho que está por presentar su examen final, que le permitiría ejercer por su cuenta la abogacía. Se acercó a un despacho de mala reputación cuyo propietario tiene que huir por un problema con la justicia federal. Baylor conoce allí a Deck Schiffler (Danny DeVito), un pasante eterno, que ha reprobado seis veces el examen por el cual se obtiene la licencia para practicar. No sabe mucho de teorías ni de jurisprudencia pero se las arregla para conseguir contratos de representación profesional con gente aturdida por un accidente o a la que nadie quiere representar.

El caso principal con el que se estrena Baylor es una demanda por diez millones de dólares de una familia pobre contra un gigante de los seguros, Great Benedit, que se niega a pagar el costo de un trasplante de médula que salve la vida a Donny Ray, un muchacho afectado por leucemia. Por si fuera poco, la octava vez que la aseguradora rechaza la demanda el ejecutivo encargado de la respuesta llama tonta, tres veces, a la angustiada madre del agonizante Donny, cuya insistencia en cobrar lo que ella cree haber pactado y pagado corresponde al crecimiento de su angustia.

El caso se presenta como imposible de ganar. La aseguradora cuenta con un despacho enorme y despiadado para defenderse de la clientela que no quiere otra cosa sino que le cubran los gastos médicos convenidos. El abogado principal de esa firma está encarnado por Jon Voigt, que procura presentarse como si fuera solamente un gran profesional, con donaire por encima de todas las cosas pero que a la postre enseñará el cobre cuando el duo de principiantes, Baylo y Schiffler lo ponen en aprietos. Esa parte de la película, y suponemos que de la novela, está dedicada a exhibir las trampas que tienden ese género de empresas para no hacerse cargo de los siniestros por cuya prevención, en cambio, reciben millones de pesos. Por principio, toda demanda es rechazada y de ese modo se disuade a la clientela que sólo en mínima proporción acude a los tribunales en pos de sus derechos. Y ya allí la firma de abogados cuenta con la comprensión de los jueces —es decir, los compra— para que encarrilen convenientemente los procesos, muy escasos, que puedan suscitarse.

Simultáneamente Baylor atiende el caso de una viejecita llamada Birdie, que lo llama para que le redacte su testamento. La anciana cree, o quiere hacer creer, que conserva la gran fortuna que le deparó la circunstancia de haber enviudado dos veces. En realidad perdió sus caudales por malas operaciones bursátiles y por despojo de abogados

corruptos. Pero prefiere mantener la ficción de su riqueza para que sus hijos, que de por sí se desentienen de ella, no la abandonen por completo, en espera de ser incluidos en su declaración de voluntad para después de la muerte.

Y Baylor se ocupa también de Kelly Ricker. Veremos cómo.